



www.loqueleo.com/ec

© 2007, Carlos Arcos Cabrera

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-987-4

Derechos de autor: 053350

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Febrero 2018

Tercera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Editora: Annamari de Piérola

Diseño de portada: Adriana Pozo

Actividades: Lucrecia Maldonado

Corrección de estilo: Andrea Almeida Villamil

Diagramación del libro: Pamela Godoy

Diagramación del cuaderno de análisis: María Gabriela Romano

Supervisión editorial: Gabriela Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

El invitado

Muestra promocional

Prohibido

© Santillana

Carlos Arcos Cabrera

loqueleto



A la memoria de Jaime Buzio Lorca

*A Diego Carrión Mena,
en recuerdo de aquel viaje al Sur*



*Tómame, oh noche eterna, en tus brazos
y llámame tu hijo.*

FERNANDO PESSOA

Índice



Prólogo	13
Felipe hijo	17
Carmen	51
Felipe padre	55
Carmen	57
Felipe hijo	69
Víctor Otiniano Llauri	71
Felipe padre	77
Carmen	87
Felipe padre	99
Víctor Otiniano Llauri	107
Carmen	113
Felipe padre	117
Víctor Otiniano Llauri	127
Felipe padre	133
Felipe hijo	139
Víctor Otiniano Llauri	141
Carmen	145
Felipe hijo	147
Víctor Otiniano Llauri	149

Carmen	151
Felipe padre	169
Víctor Otiniano Llauri	177
Carmen	179
Felipe padre	187
Felipe hijo	193
Carmen	195
Felipe hijo	203
Víctor Otiniano Llauri	205
Felipe padre	207
Felipe hijo	211
Víctor Otiniano Llauri	213
Carmen	215
Felipe padre	217
Felipe hijo	219
Víctor Otiniano Llauri	221
Carmen	223
Felipe	227
Víctor Otiniano Llauri	229
Carmen	233
Víctor Otiniano Llauri	237
Felipe hijo	239
Víctor Otiniano Llauri	245
Carmen	247
Felipe hijo	249
Estudio de la obra	251
Cuaderno de análisis	265

Prólogo

por Miguel Molina Díaz



Una novela nunca comienza en sus primeras páginas. Siempre se empieza a escribir mucho antes. El verdadero principio de esta podría tener lugar en Chile, en 1970, la noche del triunfo de Salvador Allende y la noche en que Carlos Arcos Cabrera, con 19 años, llegó a dicho país. Este relato podría haberse comenzado a escribir el día en que la dictadura de Augusto Pinochet desapareció a Jaime Buzio Lorca, amigo del autor. ¿Alguien sabe si una novela nace del dolor o de la felicidad? ¿Acaso de la memoria? ¿Del olvido?

Me atrevo a suponer que esta historia pudo haber nacido a las seis de la mañana del 18 de junio de 1986, el día en que los presos acusados de terrorismo se amotinaron en las prisiones peruanas de San Juan de Lurigancho, el Pabellón Azul de la isla penal de El Frontón y la cárcel de mujeres de Santa Bárbara. El día en que los guardias quedaron como rehenes y los reclusos presentaron un pliego único de 26 demandas al gobierno de Alan García, pidiendo mejoras en sus condiciones de vida. Acaso la novela nació en el instante decisivo en que las negociaciones fracasaron y el gobierno anunció que si los amotinados no se rendían, se restablecería el orden por la fuerza.

El violento operativo, en el que incluso intervino la Marina de Guerra del Perú, arrasó con paredes de las prisiones y protagonizó uno de los asesinatos masivos más grandes de la historia latinoamericana. En Santa Bárbara, hubo dos reclusas muertas. Tras rendirse, ciento veinticuatro reclusos amotinados fueron fusilados en Lurigancho. Sobrevivieron treinta de los cerca de doscientos detenidos de El Frontón, luego de un largo bombardeo.

14 Si la matanza en los penales no es el inicio de esta novela, al menos es una de las imágenes sintomáticas que describen el atroz proceso de violencia en Perú. Nadie sabe cómo ni cuándo comenzó la historia de la violencia. Sabemos sus resultados. La Comisión de la Verdad y Reconciliación concluyó que cerca de setenta mil seres humanos perdieron la vida entre 1980 y 2000, en el período del llamado Conflicto Armado Interno del Perú; el Estado y sus grupos paramilitares afines enfrentados contra las sanguinarias agrupaciones terroristas Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). Se trata de una de las guerras más cruentas y dolorosas de la historia continental.

Para mí, *El invitado* —publicado por primera vez en 2007— comenzó en Barcelona, en el otoño de 2013. Lo leí por recomendación del escritor Leonardo Valencia. Era la primera vez que me enfrentaba a una obra de Carlos Arcos Cabrera. Desde las primeras páginas, noté que no solo se trataba de una novela sobre la violencia en Perú y en América Latina, sino una intensa y cruda apelación a la memoria del ser humano. ¿Dónde comienza la memoria y dónde, el olvido? En sus páginas descubrí un Perú lleno de cicatrices, que resistió silencioso a la más oscura hora de

su historia republicana y a la destrucción implacable de las vidas de miles de individuos y familias.

Si bien *El invitado* se incorporaba a la familia de novelas que ya habían abordado este tema —como *Lituma en los Andes* (Planeta, 1993), de Mario Vargas Llosa, y *Abril rojo* (Alfaguara, 2006), de Santiago Roncagliolo—, Arcos Cabrera logra una mirada diferente, porque se propone una tarea alejada del sensacionalismo y de la postura o impostura política. Arcos Cabrera, de hecho, logra su objetivo, entre otras razones, porque como ecuatoriano pudo ver el conflicto con distancia, pero con el horror y el dolor que los seres humanos sentimos ante cualquier desgracia.

El invitado es consecuencia de la matanza en los penales de Perú y de los casi setenta mil muertos del Conflicto Interno, pero también de todos los actos de violencia que han enfrentado al ser humano contra sí mismo y que, sin embargo, no lo han destruido. A lo largo de sus páginas, Arcos Cabrera se detiene a mirar en la honda espesura que es la vida de cada personaje, sus complejidades, sus relaciones afectivas, las ideas de sus mentes, los rencores y los pedazos de amor que los definen. Y se detiene a pensar también en cómo esas vidas —comunes y reales, como las nuestras— cambian para siempre cuando la Historia entra por la puerta de sus casas y los deja para siempre desolados.

«Frecuentemente me pregunto si mi vida podría haber sido distinta si la desgracia de la violencia no nos hubiera golpeado», se pregunta Felipe Sabogal, el hijo de un prestigioso abogado de Lima. El hijo de la violencia. ¿Es un personaje el principio de una novela? En la vida de Sabogal, del padre o del hijo, el lector podrá encontrar alguna

remembranza, quizá un último instante de paz, perteneciente a los setenta mil muertos del conflicto interno, sus familias deshechas, pero también alguna imagen de la vida de los sobrevivientes.

16 Nadie sabe cuándo comienza una novela, pero tampoco cuándo termina. El 24 de diciembre de 2017, el presidente Pedro Pablo Kuczynski, en un acto desesperado para evitar su destitución por el congreso, concedió un indulto al exdictador Alberto Fujimori, que había sido condenado por la justicia peruana a cumplir una pena de veinticinco años de prisión por delitos de lesa humanidad, fundamentalmente cometidos en el contexto del Conflicto Interno del Perú. ¿Ese tan triste es el fin de esta historia? ¿El fin de esta novela? Ante la desmemoria y la impunidad, surge a veces la gran literatura. *El invitado* es una forma más diáfana y limpia de justicia. Y es que Arcos Cabrera escribe para no olvidar. Los grandes escritores latinoamericanos son militantes de la memoria y, por ende, de la justicia. El instante en que apareció el anhelo de una memoria diáfana es cuando nació esta novela.

Felipe hijo



Martes 13 de julio

17

La profe de Lite nos dijo que escribiéramos un diario y que será la tarea más importante del curso. Igual, debemos leer, hacer resúmenes y comentarios y presentarnos a las pruebas. Este es mi diario.

—La literatura se hace escribiendo —dice cada vez que puede—. Con lo que me interesa la literatura... Sus palabras me sonaron estúpidas, pero no tengo opción. Es insoportable. Tiene el c... gordo, las piernas flacas y los ojos salidos. Mi abuelo, que es médico, me contó que esas personas tienen un mal funcionamiento de la tiroides. En Ciencias hablaron de la tiroides y otras glándulas. Yo le pedí al profe de Biología, al que llamamos «Pedo Loco» (una vez se le escapó un pedo bastante sonoro), que explicara para qué sirve la tiroides, y se largó un rollo descomunal.

Luego de esa clase, a la profe de Lite comencé a llamarla «La Tiroides». La broma no prosperó. Incluso mis patas la tienen por buena persona; yo no tengo buena vibra con ella. Muchas veces, se la agarra conmigo. Me hace leer en voz alta fragmentos de textos. Cuando peor la pasé fue leyendo una

parte de *La ciudad y los perros*, de Vargas Llosa. Preguntó a todos el sentido del texto, pero, como era yo el que estaba leyendo, pensé que era conmigo y respondí que no lo sabía, que estaba concentrado en la lectura. Ahí me dijo que cómo no iba a saber si era yo el que leía, que mi lectura era mecánica. Alegué que cuando uno lee en voz alta se concentra en la pronunciación para que entiendan los que escuchan. ¿Cómo me voy a concentrar en entender lo que dice Vargas Llosa y pronunciar bien? A partir de eso, se la agarró conmigo. No había clase en que no me hiciera leer algo en voz alta para luego preguntarme sobre el sentido del texto, quién era el narrador o asuntos por el estilo. Mis compañeros comenzaron a decir que «La Tiroides» estaba enamorada de mi voz. Con el tiempo, se olvidó de las lecturas en voz alta y formó grupos en los que discutíamos el texto. A muchos les gustaba esa forma de trabajo, a mí me daba lo mismo.

La profe dijo que en todas sus clases habría un momento para los que desearan compartir sus vivencias, aquello que habíamos escrito. Por lo menos, mi «vivencia» (qué palabra más estúpida) de ella no podré compartirla. ¿O será tan dura como para que pueda escuchar mi opinión? Hoy se pasó la hora, es la segunda vez que lo hace, hablando de la importancia que tienen los diarios. Grandes hombres y mujeres han escrito diarios y dio nombres que ya no recuerdo. ¡No me importa! Si hubieran sido tan grandes y sus diarios tan importantes, el mundo no sería lo que es. ¡Bueno! Este es mi diario. Lo escribo porque sé que al final del año deberé enseñarlo. Entonces, miraré su cara. Por último, no soy supersticioso, pero qué mal comenzar un diario en martes 13.

Viernes 16 de julio

Hoy es viernes, el mejor día de la semana. Andriette fue la primera en leer lo que había escrito en su diario. Me dio vergüenza ajena. «Querido diario, bla, bla, bla». ¿Cómo alguien puede comenzar escribiendo «Querido diario»? Si lo hago yo o cualquiera de mis patas, quedaría de... ya sabemos; y el resto del año y de la vida, estaría obligado a agarrarse a trompadas. Claro que a mí me respetan por mi físico. Andriette siguió con una estupidez del tipo: «agradezco a la vida por los padres que me ha dado, bla, bla, bla». Tres frases así y era su vivencia. ¡Vergüenza ajena! «¡Muy bien!», señaló la profe, pero a ella también le pareció una bobería. Creo que estaba decepcionada. No podía ocultarlo. Dijo que debíamos escribir como si habláramos con nosotros mismos, que se necesitaba coraje para hacerlo y más coraje para leer en voz alta nuestros pensamientos. También dijo que debíamos respetar lo que los otros deseaban compartir. Nada de burlas ni comentarios y tampoco nada de ir por el colegio diciendo que a tal compañero le pasó tal cosa.

Debería preguntarle si ella escribe un diario, y si se animaría a leerlo frente a nosotros; si también ella querría compartir sus vivencias con nosotros. Pero, existen pensamientos que es mejor callar.

Me quedé jugando básquet después de clases. Como soy uno de los más altos, me escogieron para el equipo del colegio.

En casa, jugué Zelda hasta que escuché que llegaba Carmen (mi madre). Debo conseguir otro juego.

Viernes 23 de julio

20 José Martín compartió sus vivencias. Nadie esperaba que el más tímido, el que no habla ni con él mismo, levantara la mano para leer su diario. Todos nos quedamos de una pieza. Describía el día anterior. No puedo repetir lo que dijo; pero, yo al igual que todos, estábamos retratados. Me imaginé que José Martín era un pez de pecera, y desde allí nos miraba como unos extraños a los cuales era imposible entender o que lo entendieran. Señaló que su mejor recuerdo del colegio fue una mañana en que se sentó junto a un compañero, uno que ya no está, y hablaron de sus casas. Los dos descubrieron que el día anterior habían comido exactamente lo mismo, como si sus madres se hubiesen puesto de acuerdo. Eso fue bueno, porque pudieron hablar de lo que les gustaba. Pero todo eso había pasado tiempo atrás y ahora estaba al final de la secundaria y no había podido conversar otra vez como en aquella ocasión. Luego habló de sus hermanos. El mayor había muerto en un accidente. Nadie en el colegio se había enterado ni se acercado a decirle nada. «Tal vez fue mi culpa por no contarles», apuntó.

Cuando miré a los compañeros, vi que sentían lo mismo: sus palabras eran una acusación. José Martín siguió hablando. Eso ya no era un diario ni los sucesos de un día, sino su vida desde que entró al colegio. Su vida en una hora. Sentí que nos hundía en el piso, que nos aplastaba. Su aislamiento lo había convertido en un testigo de todo, las injusticias, las bromas estúpidas, los amores, las peleas, en fin, de todo. También habló de los libros que había leído. Al final, expresó que nos quería y que había aprendido mucho de nosotros. Sonó a despedida. Aplaudimos. La profe no dijo nada; también aplaudió.

Martes 27 de julio

Hoy Pedro de Lara leyó su diario. Fue algo estúpido. Dijo que quería ser político para salvar a la patria, que en los jóvenes estaba el futuro. Habló como proclamando un discurso. Nada que ver con lo de José Martín. Lo cierto es que lo que nos dijo el viernes ha causado un impacto profundo. De pronto, es el más popular y las chicas han comenzado a buscarlo. Yo me acerqué y le dije que me había gustado lo que leyó. Fue complicado porque nos quedamos mirándonos sin hablar. Para romper el hielo, respondió con una pregunta: «¿En serio te gustó?». Parecía inseguro, pero a la vez sonreía, como si algo en su vida hubiese cambiado, como si aquel José Martín que siempre caminaba solo, que parecía perdido, que era invisible —porque era imposible encontrarlo—, se hubiese marchado definitivamente. Le toqué el brazo y me fui. Otros se acercaron y se pusieron a charlar con él.

21

Martes 10 de agosto

Me olvidé del diario por unos días. Escribo cuando me acuerdo o el mismo día en que debemos compartir nuestras vivencias. ¿Por qué no decirlas: nuestras *mortencias*? Regresamos de las vacaciones de invierno. Fueron dos semanas. Catalina contó sobre sus vacaciones: «Fuimos al departamento que tenemos en Miami. Es hermoso viajar. Nos hace especiales». No pensé que fuera tan tonta. Mis vacaciones fueron las de siempre: reunirme en las tardes con Camilo, y luego ir a su casa. Mis padres y los suyos trabajan. Las

únicas vacaciones son las de verano, cuando vamos a la playa, a la casa que tienen mis abuelos en Paracas. Cuando era pequeño, y antes de que él se enfermara, mi abuelo nos invitaba a viajar. Fuimos a Bávaro —en República Dominicana—, Cartagena —en Colombia—, Río de Janeiro, Buenos Aires y también a Disney. Mi papá no nos acompañaba. Íbamos mi madre y yo. Mi abuelo fue un cirujano famoso y tenía dinero, pero tuvo un ataque que le paralizó la mitad de su cuerpo y dejó de operar. Antes, hacía bromas y era súper chistoso. Me llevaba bien con él, mucho mejor que con papá. Ahora lo visito pero apenas dice unas palabras. Me pregunta cómo me va en el colegio. Le respondo, aunque con las justas me escucha. Solo mira la televisión. Habría sido mejor que hubiese muerto.

Viernes 13 de agosto

A todos les pasa algo, a mí no me pasa nada. Y si me pasara, no sé si sería capaz de pararme frente a la clase y leer en voz alta mis experiencias. ¿Por qué he de hacerlo? El miércoles, el mismísimo Juan Sebastián, a quien creía conocer, se largó un rollo de película y habló de lo infeliz que le hacía saber que sus padres estaban por divorciarse. Por un instante, pensé que nos estaba tomando el pelo, porque es genial para eso. De pronto, comienza a hablar de tal forma que parece que efectivamente han sucedido las historias que cuenta. Puede llorar mientras habla, pero todo es un *show*. Debería hacerse actor. Él dice que eso le gustaría y que quiere ir a Estados Unidos a una escuela de actores. Fuimos juntos a ver una película sobre una escuela de actuación. Se quedó

alucinado y repitió, un mes entero, que eso era lo único que quería hacer en su vida. Yo no sé si al hablar de sus padres lo hacía en serio o si estaba actuando. Sentí una corriente eléctrica que circulaba por toda la clase y que nos ponía los pelos de punta. Cuando dejó de hablar, nadie aplaudió. Todos nos quedamos callados. Estoy casi seguro de que escuché que alguien lloraba. La profe dijo que le agradecía por lo que había hecho, y nada más.

Cuando cumplí catorce, mis padres se separaron. Mi papá se había metido con una mujer. Ese fue el pretexto. Lo evidente era que peleaban todo el tiempo. A papá no lo veía, porque siempre estaba trabajando. Al separarse, lo veía aún menos. Mamá comenzó a trabajar y a salir con sus amigos. Yo paraba en la casa del abuelo y en las de mis amigos. Fue sensacional porque nadie me controlaba. Estuvieron separados durante un año. Luego se reconciliaron. Los odiaba. Lo único que quería era que desaparecieran de mi vida. Esa es mi vivencia. ¿Quién podrá decir en voz alta que odia a sus padres?

Jueves 19 de agosto

Lo de los diarios ha hecho famosa a nuestra profe y a nuestra clase. De las otras aulas, se acercan a preguntarnos sobre la última vivencia. Esperan que alguien comience a relatar una violación, sexo en la playa o algo por el estilo. Parece una telenovela. Yo también tengo expectativas de lo que sucederá la próxima vez y quién se lanzará al ruedo. Es probable que los audaces comiencen a escasear o que los tímidos, como José Martín, estén paralizados por el éxito que tuvo él y no se atrevan a leer sus diarios.

Aunque nadie tan tímido como José Martín. Su vida ha cambiado. Es más, ha comenzado a salir con la que estuvo de candidata a reina del colegio.

Yo no soy ni tímido ni audaz. ¿Qué soy? Tal vez deba confesarte (la profe insiste en que en el diario escribamos en primera persona) que me gustaría tener una gran historia que contar, decir algo que escandalice a todos y que la profe se vea en la obligación de decirme: «Felipe, por favor, no siga». Llevar la situación hasta un extremo es lo único que me haría participar de este gran teatro en que se ha convertido el taller de Literatura.

Podría contar, por ejemplo, de las reuniones en casa de Agustín viendo las 3X que su padre colecciona. No tiene una ni dos, tiene por lo menos cien, para todos los gustos y colores. Su padre le había dicho que si quería ver calatas, podía hacerlo, pero cuidara de que su madre no se enterara. La casa de Agustín era una verdadera casa. Tenía una especie de sala de cine, una televisión gigante con equipo de video incluido.

Aprovechamos los frecuentes viajes de sus padres y nos apropiamos de la sala de cine. Agustín era audaz, súper inteligente, pero súper despelotado. Había repetido el año en el Markham y estaba en mi colegio con matrícula condicional. Sacó pésimas notas en los primeros exámenes, no se recuperó y le negaron la matrícula. Se fue a otro colegio. De vez en cuando, llamaba para que nos juntáramos, pero dejáramos de ir a su casa. Su padre le había prohibido que llevara amigos. ¿Contar esta vivencia? ¿Compartir esa vivencia? Yo sé que no es solo mía. Sé que muchos en el colegio lo hacen. Yo sé que se reúnen a ver 3X.

24

Miércoles 25 de agosto

El viernes María José me invitó a su fiesta de quince años. Bailé con Leticia. Es simpática. El sábado fui al cine con Camilo a ver *Terminator II*.

Nada ha pasado en las exposiciones de las vivencias. Pura paja: querer ser grandes para poder cambiar a Perú. Como decía mi abuelo: «A Perú no lo cambia ni Huayna Cápac fundando otra vez el Imperio incaico ni Colón redescubriendo América».

Un ecuatoriano se incorporó a nuestra clase, es hijo de un diplomático. Soportó como valiente la primera arremetida contra los monos. Nos burlamos de su forma de hablar.

Jueves 26 de agosto

Se produjo la hecatombe. Francisca Hochart leyó su diario como si fuera un cuento sobre dos amigas que conversan. Una le dice a la otra que está embarazada. Termina en manos de un médico en el centro de Lima que la hace abortar. Así de sencillo. Debió haber escrito un mes entero. Para mí, era ella la que había sufrido el aborto. Habló con una voz pausada, como si leyera un libro. La descripción del consultorio y el médico fue como una película. Yo miraba la cara de la profe y me daba la impresión de que la pobre estaba aprendiendo de la vida. Los ojos se le salían de las órbitas, ya no solo por los problemas de tiroides, sino por lo que escuchaba. Los rostros angelicales que miraba en clase eran máscaras que ocultaban monstruos que, de cuando en cuando, sacaban a luz su verdadera naturaleza, como en una película de terror.

25